

LEGADO DE JOSEFA ZOZAYA

■ Óscar Tamez Rodríguez*

Los masones tenemos como parte de nuestro código de valores, el honor, la familia, el altruismo, la generosidad, y el patriotismo.

Esos mismos valores se hacen presentes en la figura de mujeres y hombres quienes a lo largo de nuestra historia han construido la memoria de los mexicanos y los nuevoleonenses.

Es el caso de una mujer excepcional, María Eduarda Josefa Francisca Zozaya Valdés, Chepita como la conocían sus amigos cercanos, Doña Josefa Zozaya como nos referimos a la heroína de la Batalla de Monterrey.

Nacida en el actual municipio de Villagrán, Tamaulipas, un 12 de octubre de 1822, su sangre navarra, seguramente infundió en ella el carácter y el temple que necesitaría para enfrentar las adversidades que la vida le tenía preparadas antes de convertirla en inmortal.

Bella, hija consentida, nacida en pañales de seda, del vientre de doña María Gertrudis Valdés del Valle, creció en la Hacienda de su padre.

Su destino estaba marcado en la bóveda celeste como se marca el de los seres forjados para trascender.

A los 13 años de vida pierde a su madre, en la etapa donde más falta le hace; ella debe enfrentar la vida sin ese apoyo, siendo la menor de 4 hermanos. Su padre, como en tantos casos similares se casa cuando recién arribaba a los 15 años de vida la joven Josefa.

Trabajo presentado en la Sesión del 13 de abril del 18 de la Asociación Femenil "Josefa Zozaya".

La tragedia que forjaría su temple aún no terminaba, si bien apenas comenzaba. Antes de alcanzar los 18 años, tan solo 3 años después de que su padre, don Cristóbal Zozaya Flores, contrajera nupcias por segunda ocasión, éste muere.

En ese mismo año, en el día de su cumpleaños, un 12 de octubre, contrae Josefa, Chepita, Zozaya, nupcias con Manuel Urbano de la Garza Flores. Pareciera que la vida recompensaba el sufrimiento experimentado.

El matrimonio de De la Garza Zozaya finca su hogar "en Villagrán y allí nacieron sus hijas: Juana



*Historiador, periodista, locutor, politólogo y consultor político. Miembro de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia Geografía y Estadística, A.C. Master en Educación por la Unidad 19B de Guadalupe, Nuevo León de la Universidad Pedagógica Nacional; Master en Ciencias Políticas por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Mail: Estudiospoliticos.mx@gmail.com

Romana del Refugio y María Trinidad. Urbano se dedicaba a la administración de las distintas fincas que poseía, y tal vez la vida de Josefa hubiera transcurrido tranquila y apaciblemente, criando a sus hijas, como cualquier otra mujer de su época en un pequeño pueblo del noreste mexicano, de no ser por los inesperados tumbos que a veces toma el destino, sobre todo cuando se presenta una tragedia familiar.” (Dr. Pablo Ramos).

Dos hijas y cuatro años de matrimonio, ella, una mujer de su época, dependiente de la economía que le dispensaba Manuel Urbano, su marido. La desgracia vuelve a tocar a la puerta.

“En octubre de 1844, Manuel Urbano cayó súbitamente enfermo mientras visitaba su rancho El Borrego. A los pocos días falleció “de una fiebre”. La muerte fue tan repentina que no hubo tiempo para que recibiera los últimos sacramentos o para hacer su testamento. Josefa decidió emigrar a Monterrey.” (Dr. Pablo Ramos).

Huérfana de padres, de nuevo la sombra de la muerte se le presenta en su vida. Con 22 años, ha sufrido la orfandad de padre y madre, el nacimiento de dos hijas donde la mayor apenas rebasa los 3 años y la muerte de su esposo, padre de sus hijas y proveedor.

Llegamos al año de 1846; habían transcurrido casi 2 años desde que la vida le otorgó el título de viuda, ella con 24 años, viviendo en Monterrey y la invasión norteamericana la alcanza.

El (Dr. Pablo Ramos) narra el pasaje del momento en que se viven los días conocidos en las efemérides nuevoleoneras como los hechos de la Batalla de Monterrey:

“El 19 de septiembre de 1846, una sólida columna con cerca de 6, 250 soldados norteamericanos, se presentó ante Monterrey, por el camino que venía del río Bravo, seguida con sus cañones y cientos de carretas de suministros.



Cuadros abstractos en expresionismo

Desde la Ciudadela, el principal fuerte mexicano que dominaba el acceso por el norte, la artillería nacional de grueso calibre abrió fuego. El eco de las explosiones retumbó en toda la ciudad para anunciar la apertura de las hostilidades.

“Las familias que hasta entonces no habían emigrado –narró Guillermo Prieto– ahora abandonaban en tropel sus hogares con el terror en los semblantes. Escenas de dolor y ternura se veían por todas partes... la joven sosteniendo los pasos del trémulo anciano, el padre cariñoso llevando en brazos a sus hijos”.

Su cita con la historia llega el 23 de septiembre de 1846, fecha en que los heroicos regiomontanos y los soldados aún presentes en la ciudad, enfrentan el embate de la fuerza invasora.

Desde las azoteas de las casas se defiende el honor, la patria y la vida, la victoria estaba negada para los valientes mexicanos.

Con todo y el peligro de las balas, los cañones y el embate del invasor, Josefa Zozaya asume el riesgo y se encamina a su inmortalidad histórica.

Sube la azotea y con ella lleva municiones a los cansados y cabizbajos defensores, los alienta, se queda junto a ellos a enfrentar el destino, no teme a la muerte, quizá porque se habló de tú con ella en tres ocasiones anteriores.

Rellenó los fusiles de municiones, defendió su hogar y su patria del invasor, resistió junto a los hombres, incluso, debió haber infundido valor y entusiasmo con su sola presencia, pues entonces como ahora, ver a una mujer sosteniendo un fusil es poco frecuente.

La historia no la relata como una mujer dura, pero no tengo duda que lo era, pues luego de todo lo que enfrentó, seguramente era una mujer de decisiones firmes, de carácter entreverado, de temperamento recio y acciones contundentes, no pudo ser de otra forma su personalidad.

Sobrevivió a la Batalla de Monterrey, pero ya había reservado su sitio en las páginas de la Historia junto a otros grandes como Pedro Ampudia.

Como si retar a la muerte le hubiera redimido

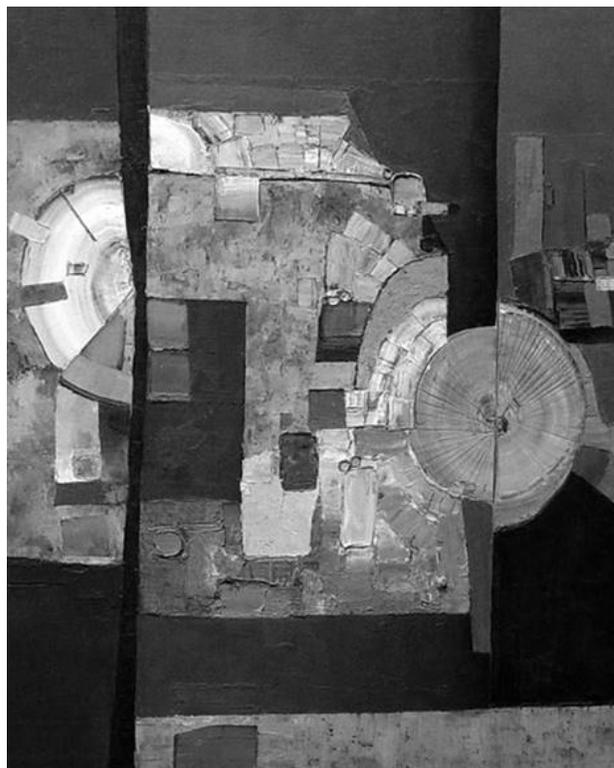
con ésta, su presente cambió, luego de la heroica defensa, sin tener la fecha exacta, tocará el amor de nuevo a su vida. Se casa con quien años atrás fuera su cuñado, hermano de Urbano, Juan Martín de la Garza Flores, junto a él procrea tres hijos de ambos y construye una familia en Villagrán, Tamaulipas.

Josefa Zozaya, mujer quien, con su ejemplo de entrega y nobleza, con su legado a la historia nacional, reviste a la asociación femenil de la Gran Logia de Estado de Nuevo León.

En ella tienen el ejemplo del temple con que esta tierra norestense infecta a sus mujeres y hombres. Gracias a esta asociación femenina, no hablamos de Josefa Zozaya en pasado, ni siquiera como un personaje de la Historia, gracias a ustedes quienes integran la Asociación Femenil Josefa Zozaya, seguimos hablando de ella en presente y ella sigue viva.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

<http://labatallademonterrey1846.blogspot.mx/2008/02/maria-josefa-zozaya-la-heroina-de-la.html?m=1>



Pintura no XV